***Convicción***

Creer en la misericordia del Padre, dar un cambio en la vida para vivirla como misión, exige una fuerte convicción. Es lo que percibimos en Jesús de Nazaret, siguiendo el evangelio de Lucas. Acompañando, paso a paso, Jesús de Nazaret, así como Lucas relata, impresiona su decisión y su convicción: “También a las demás ciudades tengo que llevarles la Buena Noticia del Reino de Dios, porque para eso he sido enviado” (4,43). Y andaba por toda Galilea. A un cierto momento, él “tomó la firme decisión de partir a Jerusalén” (9,51), asumiendo las consecuencias. Criticado por los fariseos y doctores de la Ley por causa de su práctica (15,1-2), respondió, cierta vez, que ella estaba en sintonía con la voluntad de su Padre. Y contó las tres parábolas del Dios misericordioso, a quien él tenía que dar testimonio con su vida(15,3-32). En las horas de agonía Jesús rezó: “Padre, si quieres, aparta de mi esta copa, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (22,42).

Convicción es esto: *sé lo que hago, porqué lo hago y asumo las consecuencias*. ¿Cuáles son las luces y llamados para nuestra vida y para el mundo de hoy? ¿Será que a veces no corremos el peligro de hacer por hacer? ¿Por qué tantos cambian de rumbo a lo largo de la vida? ¿Por qué algunos, por un desentendimiento cualquiera, abandonan todo un proceso bonito? ¿Por qué tan poca perseverancia y firmeza? ¡Cuantas preguntas! Más que quedarnos condenando, hay que aprender.

Realmente, una persona sin convicciones profundas pasa a ser chicle en la boca: va de un lado a otro sin rumbo. Corre el riesgo de ser usada, abusada y sacada afuera cuando no sirve más. Al llegar a una encrucijada, queda sin saber por dónde ir. Cuando enfrenta algún problema o dificultad le faltan energías y fuerzas para superarlas. ¿Será que nosotros mismos nunca pasamos por esas situaciones? Pero tener convicción no significa “nunca equivocarse”. La fragilidad y el pecado siempre nos acompañan. El peligro no es ese, sino la falta de convicciones, capaces de levantarnos para seguir el camino.

La falta de convicciones, crea situaciones problemáticas, y estas pueden provocar crisis: “Siempre luché, soñé con un mundo más justo y más honesto, participé de muchas luchas populares. No sé lo que está sucediendo ahora en mi vida. No tengo más el empuje de antes, peor aún: me siento desmotivado. Vivo así, de acuerdo a la situación del momento”.

Hay varios tipos de crisis: política, pastoral, personal, familiar, religiosa. La peor es la existencial, que consiste en la pérdida del sentido de la vida. Allí la vida ya no tiene nada más que decir. Es normal que haya crisis en nuestra vida. De hecho, ninguno de nosotros es perfecto. Nadie en la vida toma decisiones 100% claras sobre el futuro. Somos seres limitados. Somos caminantes, y en la caminata sucede de todo: tentaciones, caídas, dudas, crisis. Lo anormal sería el nunca pasar por situaciones problemáticas. El problema no está tanto en tener o no tener crisis, sino en cómo asumirlas. Bien trabajadas pasan a ser algo fecundo, precioso, generador de convicciones aún más auténticas. Es un tiempo de gracia y de esperanza.

Pero hay convicciones y convicciones. Hay ciertos fanáticos que revelan una sorprendente convicción sobre lo que hacen. ¿Qué convicción es ésta? ¿Qué proyecto están siguiendo? El valor de la convicción depende mucho del proyecto que asumimos. ¿Estamos sirviendo a un proyecto de vida o de muerte? ¿Estamos en la línea del Evangelio de Jesucristo o privilegiamos normas y leyes? ¿Estamos más interesados en el avance del Reino de Dios en medio de las personas o en el avance del propio grupo, sea o no religioso?

Aún más: convicción no es mercancía que usted compra en una tienda. Ella no tiene precio. ¿De dónde le venía, a Jesús una convicción tan profunda? Por las evidencias en los Evangelios, está más que claro: “…una gran multitud acudía a escucharlo y a sanarse de sus enfermedades. Pero él se retiraba a lugares solitarios para orar” (5,15-16). La fuente de sus convicciones está allí, en la intimidad con el Padre (3,21-22) y en la solidaridad con los anhelos del pueblo (4,18-21).

Lucas, al escribir algo de la memoria de Jesús, quería ayudar a sus destinatarios a construir convicciones profundas. La situación crítica pedía esto. Nadie enfrenta y supera los momentos difíciles sin tener fuertes convicciones. ¿Y hoy? ¿Será que no estamos necesitando de eso? ¿Nuestros encuentros, nuestras celebraciones, nuestros estudios, nuestra pastoral en general, alimentan convicciones profundas, capaces de motivar y sostener un valeroso proyecto de vida? Cuanto más radicales son nuestras opciones, mayor convicción se necesita. Hoy solamente consigue ser fiel y creativo, libre y sereno, quien está movido por fuertes convicciones. Al estudiar el Evangelio según Lucas, vamos a observar las convicciones que aparecen en Jesús, sacando luces y lecciones para nuestra vida de hoy.